

mente bajo la excelente traducción y esmerada edición de Antonio Alatorre.

TERESA J. KIRSCHNER
Simon Fraser University

Guzmán, Martín Luis. *La sombra del caudillo. Versión periodística*. Introd. Bruce-Novoa. México: UNAM, 1987.

La sombra del caudillo, publicada como libro en Madrid en 1929, había aparecido meses antes, en capítulos semanales, en tres periódicos: *La Prensa*, de San Antonio, Texas, *La Opinión*, de Los Angeles, California, y *El Universal*, de la ciudad de México.¹ Estos capítulos aparecieron entre el 20 de mayo de 1928 y el 10 de diciembre del mismo año (xliv-xlv). En ellos se basó Bruce-Novoa para preparar esta edición.

En su estudio introductorio Bruce-Novoa escribe que *La Prensa* terminó de publicar la novela antes que *La Opinión*, pero que para ello tuvo que prescindir de uno de los capítulos. *La Opinión* concluyó después, pero con la serie completa. Por su parte, *El Universal* de México inició una semana después que los periódicos estadounidenses y nunca llegó a completar la serie, pues no apareció el dramático desenlace de *La sombra del caudillo*, que culminaba en los tres últimos capítulos; tres semanas antes había faltado otro más (xlv). No se necesita mucha imaginación para suponer que hubo algún tipo de censura, dado el claro ataque de la novela al poder de la mancuerna Calles/Obregón, pues los capítulos que no aparecieron "contienen denuncias directas al gobierno de haber asesinado al candidato a la Presidencia" (xlv). En este sentido, afirma el editor, puede decirse que *La sombra del caudillo* apareció antes en los Estados Unidos que en México.

La edición de la versión periodística de *La sombra del caudillo*, publicada por la UNAM en el centenario del nacimiento de Martín Luis Guzmán (1987), es un acierto desde varios puntos de vista. Para empezar, es la primera ocasión, a más de sesenta años de su aparición, en que se publica en forma de libro la versión periodística. A los estudiosos de Martín Luis Guzmán sin duda les interesará cotejar y apreciar las

¹ Los dos primeros periódicos eran propiedad de las mismas personas, y Guzmán ya había colaborado en ellos varias veces.

variaciones en las dos presentaciones de esta novela, como periódico y como libro. Ya Bruce-Novoa señala en su estudio introductorio algunos de los cambios significativos que el autor llevó a cabo al pasar del periódico al libro. Queda pendiente una nueva edición de la novela en la que se incluyan las variantes de la versión periodística, tal vez al margen, donde se puedan observar paralelamente las elaboraciones, adiciones y omisiones.

De una a otra versión, Guzmán cambió varios de los títulos de los capítulos; además disminuyó su número: la primera versión consta de treinta y cinco, la novela tiene veintinueve (xlv). Cortó, como es natural, los breves resúmenes que aparecían al inicio de cada capítulo, necesarios para una publicación que aparecía semanalmente e innecesarios en un libro. Evitó los mexicanismos y se expresó en un español más neutro, teniendo en cuenta, tal vez, que la primera edición en forma de libro aparecería en Madrid (editado por Espasa-Calpe) y no en una zona estadounidense poblada en parte por mexicanos o al menos por personas de origen mexicano. "El resultado fue un lenguaje más preciso y casi siempre más conciso, un lenguaje más dinámico en los detalles y más afín al ritmo *staccato* tan idóneo para una novela verdaderamente urbana como lo es *La sombra del caudillo*" (xlix). Remigio Tarabana recibió mayor atención: está más desarrollado en la novela que en la versión anterior, según Bruce-Novoa, de acuerdo con las necesidades de la trama y del propio personaje.

Una de las variantes de mayor significación, en la que vale la pena detenerse, es sin duda la inclusión en el libro del capítulo final, "Unos aretes". En la versión periodística tal vez resultaba más efectivo terminar con la casi milagrosa salvación de Axkaná González, personaje que Guzmán pensaba utilizar más adelante en otra novela y que aparece en "Axkaná González en las elecciones",² también publicado bajo el irónico título de *Aventuras democráticas* (cf. Curiel 36). Vale recordar que su salvación se da inmediatamente después del asesinato de Aguirre y que el hecho que provocó la escritura de esta novela fue la matanza de Huitzilac, donde murió el general Francisco Serrano, aspirante a la presidencia de México, junto con varios acompañantes. Para Bruce-Novoa, con el nuevo final la novela

ya no termina así en lo que pudiera leerse como la afirmación de la sobrevivencia del idealismo y el bien en forma de Axkaná. La última

² Includo en Guzmán, *Obras* 1: 1053-1073.

imagen pertenece ahora al caudillaje, y en vez de una imagen ascendente, casi de resurrección, es la del descenso que va aumentando en velocidad su caída (lxvi).

Además, cabe añadir, para los lectores de esos periódicos, el énfasis caía en la denuncia y condena de esa vergonzosa masacre, ocurrida en los años de la institucionalización de la Revolución Mexicana, en su proceso de convertirse en gobierno, mientras que para los lectores del libro el capítulo final le otorga una dimensión más amplia a la masacre y, en cierto sentido, la trasciende.

En el último capítulo, Manuel Segura, el asesino de Aguirre, aparece con el Cadillac del general y con el dinero literalmente manchado de sangre, robado al cadáver, compra unos ostentosos y caros aretes de brillantes. El Cadillac, se recordará, abre las primeras líneas de la novela. Al inicio, el reluciente automóvil es símbolo de status en manos del joven general, pero sobre todo, de dinamismo y acción. Al final, el mismo automóvil aparece como propiedad de un asesino, sucio y maltratado y estático. Es decir, el impulso joven y vigoroso de Aguirre es truncado y abortado por un asesino y ladrón. El mismo objeto puede significar cosas distintas, según el poseedor y el contexto. Para Bruce-Novoa, el cambio de propiedad del Cadillac también significa que

la gran promesa del principio deviene en el fracaso fatal, y el triunfo pertenece a las fuerzas reaccionarias que, a pesar de su retórica progresista, son la parodia del Porfirismo, que a su vez fue la parodia del poder centralizado de la Colonia (xli).

Asimismo, si bien está presente en el libro la denuncia y la condena, es más perceptible el interés de Guzmán en señalar los abusos y peligros de una gran concentración de poder en un caudillo, o en las palabras de Bruce-Novoa: "Guzmán no quería escribir una novela sobre Serrano, ni sobre De la Huerta, sino sobre México y el tipo de dictador que representaba el caudillaje bicéfalo Obregón/Calles" (xxii). La advertencia resultó doblemente inútil, pues poco después este caudillismo quedó plenamente instaurado en México, afinado y sofisticado, en el llamado presidencialismo mexicano; y, muerto Obregón —también en forma trágica—, Calles logró proyectar su propia sombra a través de varios años, no siendo ya presidente. Por otro lado, al hablar de su obra en términos generales, el interés de Guzmán no es, como le dijo a Emmanuel Carballo, describirse [*sic*], sino "interpretar la vida del país" (Carballo 96).

El mismo capítulo final, "Unos aretes", escribe Bruce-Novoa, abre

con las reseñas periodísticas de la matanza de Hutizilac, “escandalosamente falsas y lacónicas” (xl):

De esta manera Guzmán alude al origen de la novela como él mismo lo explicó [...]: un texto tan consciente del proceso generativo, rinde homenaje a su propio origen intertextual. Este metacomentario declara la necesidad de escribir *La sombra del caudillo* como respuesta a, y corrección de, los textos oficiales impuestos a la prensa mexicana (xl).

En el tránsito del periódico al libro, al igual que en *El Universal* (Bruce-Novoa lxi), desapareció el párrafo final del segundo capítulo, “El automóvil del general”, donde se alude a la seducción consumada de Rosario, sutilmente referida para nuestros ojos de fines del siglo XX, pero tal vez crudamente descrita para los de 1928.

El segundo acierto de esta edición —después de su publicación misma— es la cercanía que se buscó con el periódico, en lo referente al formato. Así, los capítulos aparecen a tres columnas, con las ilustraciones originales de José Gómez Linares, a las que se añadieron las de Liliana Mercenario Pomeroy. También contribuye a recrear la impresión periodística el uso de las ilustraciones en tinta verde, que contrasta con el negro de las letras y evoca un sabor de época. El estudio de Bruce-Novoa contiene apropiadas fotografías de Guzmán y de personalidades del momento, algunas de las cuales fueron utilizadas como modelos para los personajes de la novela, además de fotografías tomadas de algunas escenas de la película de Julio Bracho, del mismo nombre de la novela, realizada en 1960.

Otro aspecto positivo es el estudio introductorio de Bruce-Novoa, un crítico serio de la literatura mexicana y chicana. Además de hablar brevemente de Guzmán, de su trayectoria literaria y política, del Ateneo, el autor de la introducción rastrea la historia de la novela en su versión periodística y en su contexto histórico y político. El crítico chicano escribe, además, un lúcido estudio de la novela propiamente dicha, tocando puntos como la figura trágica de Aguirre; el movimiento creciente de la novela —a la que compara con una ópera—; el plano político; el papel de conciencia de Axkaná González; la deliberada parodización —más bien inversión— de las primeras escenas, que adquieren un nuevo significado en su revés.

ADRIANA SANDOVAL

Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM